

SECRETOS DE STALIN

Zhores A. Medvedev y Roy A. Medvedev

El Stalin desconocido

Título original de la edición inglesa: *The Unknown Stalin*

I.B. Tauris & Co. Ltd.

Traducción castellana de Javier Alfaya y Javier Alfaya McShane

Editorial Crítica

Barcelona, 2005

366 páginas

LUIS MIGUEL ÚBEDA

El Stalin desconocido de los hermanos Medvedev no es una biografía en sentido estricto, sino una colección de 15 breves ensayos que bosquejan aspectos inéditos o enriquecidos últimamente con algún dato novedoso en torno a cuestiones tan heterogéneas como la carrera por el arma atómica, la “ciencia” de Lisenko, las *aportaciones* de Stalin a la lingüística, a la ciencia de la guerra, su salud, su archivo personal o el XX Congreso.

6 los firma Roy, los históricos y políticos, mientras Zhores asume los 7 científicos, compartiendo ambos tres ensayos menores sobre el nacionalismo ruso de Stalin, el asesinato de Bujarin (“¿Por qué necesitas que yo muera?”, le escribe a Koba en una patética carta que el georgiano conservó con él hasta su muerte) y la madre de Stalin. Sabrosa la supuesta anécdota de la vieja Yekaterina Dzhugashvili pidiéndole a su hijo que le aclare qué hace exactamente en el Kremlin. Para resumir, Stalin le contesta que “algo parecido a un zar”, a lo que ella repone: “Es una lástima que no te hicieras cura” (399).

Todo el libro está salpicado de noticias, conjeturas y polémicas sobre determinados aspectos controvertidos de importancia desigual. Dudan, por ejemplo, de la especie según la cual Stalin cayó en una depresión tras el ataque alemán de 1941; recuperan el papel clave del general Iosif Apanasenkov, quien proporcionó las divisiones asiáticas para la batalla de Moscú, que no hubiese podido ser ganada sin su concurso y cuyo papel desconocen incluso los libros de historia soviética; y descubrimos al coronel Razin, profesor en Frunze y una víctima más del estalinismo, que vegetaba en un campo de concentración hasta que Stalin releyó un escrito suyo y preguntó por él. Beria lo sacó del campo, lo adecentó un poco y hasta lo vistió de militar, pero no de coronel, sino ¡de general!

Hay también valoraciones temerarias. En el capítulo sobre los “misterios que rodearon la muerte de Stalin” sostiene que la suma del arresto de Beria y sus cómplices, el discurso de Jruschov en el XX Congreso, la expulsión del “grupo antipartido” (Molotov, Malenkov, Voroshilov, Kaganovich, Bulganin) y la posterior destitución del mariscal Zhukov “socavó la autoridad del Partido y fue el punto de partida para certificar su defunción” (17). Hablamos del período 1953-1956.

LA BOMBA ATÓMICA Y LISENKO

Uno de los aspectos más interesantes del libro es el relacionado con la bomba nuclear, que la URSS consiguió muy pocos años después que EEUU. Los autores se preguntan por la clave del éxito atómico de la URSS en los años cuarenta y cincuenta, si fueron debidos al espionaje, a la calidad de los científicos o a los líderes del país y su capacidad organizadora.

Todos los científicos y los trabajadores que participaron directamente en el programa nuclear acabaron encerrados de por vida en las ciudades secretas o se les destinó a un “destierro indefinido” en Magadán para preservar el secreto. “El gulag –apuntan los autores-- desempeñó un papel de primer orden posibilitando la capacidad para abordar los problemas a un ritmo vertiginoso (...) Era la existencia de esta reserva enorme, única, de trabajadores perfectamente desplazables y con frecuencia altamente cualificados –básicamente mano de obra esclava—la que fue crucial para que el proyecto entero fuera un éxito” (197).

Lo mismo que el estalinismo fue un magnífico organizador de la carrera para conseguir la bomba atómica por carecer de límites y reglas que respetaran la libertad de las personas, también mostró todas sus insuficiencias en otros ámbitos científicos, el arte o la crítica y en general en todos los saberes que necesitaran de un debate intelectual para prosperar.

El caso Lisenko está magníficamente retratado para mostrar el lado estúpido del demencial despotismo, cuando se convirtió en política oficial (o en política, simplemente) lo que no era sino una vulgar extravagancia científica que condenaba los factores de la herencia por considerarlos poco marxistas.

Su colusión con Stalin (quien “ambicionaba convertirse en un líder intelectual además de en un líder político”, 213) elevó a este famoso científico al olimpo de la ciencia soviética durante muchos años, inoculando su nociva influencia a otras ciencias como la fisiología, la microbiología, la química y la cibernética, que sufrieron un “atraso de décadas” (227).

El caso sería de sainete si no fuera porque también detrás de él existía un “problema político”, que en la URSS de Stalin solían ventilarse con un tiro en la nuca. Muchos científicos y académicos que en los primeros años treinta rechazaron por absurdas la creación de variedades de trigo y otras especies fantasiosas con las que combatir la hambruna de la colectivización forzosa fueron pasados por las armas entre 1937 y 1939. A Lisenko y sus amigos les bastó acusarlos de falta de colaboración o de ser partidarios de la genética “burguesa”.

Hasta 1965-1966 no se desecharon las supuestas aportaciones de Lisenko, lo que no impidió que este protegido de Stalin siguiera cultivando plantas hasta su muerte en 1976 en una granja experimental de la Academia de Ciencias, donde también criaba animales a los que pretendía alterar su herencia genética.

SUSLOV, EL TAPADO

Entre los descubrimientos polémicos, pero sugestivos, destaca la caracterización de Mijaíl Suslov como “heredero secreto” de Stalin. Quien figuró hasta su muerte en 1982 como “ideólogo del PCUS”, es retratado como un personaje que prefirió el “poder real antes que la notoriedad pública” (69). Entre sus misiones, la reintegración de Lituania en la URSS, el afianzamiento de la RDA y

Hungría en la órbita de Moscú, la creación del Cominform y el diseño de la estrategia de la Guerra Fría. Según Zhores, la prematura muerte de su mentor le habría impedido asumir el papel que se le atribuye en estas páginas aunque, comenta agudamente, “pudo proporcionar al estalinismo aproximadamente veinte años más de vida activa” (71).

Zhores y Roy Medvedev dedican uno de sus capítulos más enjundiosos al archivo personal de Stalin y a las conjeturas sobre lo que podían aportar y lo que no. Lo traigo aquí porque puede tener interés para historiadores y estudiosos del personaje. Junto al muy loable empeño en fijar el estado de la cuestión, los autores también tienen tiempo para desacreditar poco elegantemente la biografía canónica de los noventa, la del teniente general Dmitri Volkogonov, *Stalin, triunfo y tragedia* (cuatro volúmenes no editados en España, sí en inglés), en la que el militar e historiador “trató de acercarse (a Stalin) de un modo objetivo para, finalmente, hacer una valoración positiva de la trayectoria de Stalin” (82).

También desdeñan la de Edvard Radzinski, de 1997, *Stalin* (tampoco publicada en España, pero sí en inglés). Ambos tuvieron acceso a los archivos secretos, pero sus descubrimientos no fueron gran cosa, según los Medvedev.

Aprecian, sin embargo, la de Yevgeni Gromov, *Stalin. Poder y arte* (sin traducción española), de 1998, un trabajo “serio, interesante, objetivo y basado en un uso exhaustivo tanto de archivos como de material publicado con anterioridad” (83), aunque parcial por dedicarse exclusivamente al Stalin “poeta, autor y editor, censor riguroso y crítico de obras de teatro, películas, música y literatura” (í.d.)

Parte de lo que se desconocía sobre documentos originales fue siendo publicado en boletines y revistas de los archivos oficiales extinguidos al final de los noventa, lo cual probaría que no quedaba mucho por divulgar. A pesar de que aún deben existir documentos en el Archivo Presidencial, refundido en el Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica (RGASPI), los hermanos Medvedev aventuran que no deben contener muchas novedades, entre otras cosas, por la destrucción sistemática que hizo Beria de los documentos personales de Stalin en los primeros momentos de su muerte.

Si bien el hecho fue negativo para los historiadores, también creen que de haber sobrevivido habría sido cuidadosamente seleccionado para rehabilitar a Stalin a partir de 1965, quizá espoleado por el *tapado* Suslov. Por esa razón, se atreven a conjeturar que la falta de una gran colección de documentos fue en realidad un hecho “beneficioso para el país, dado que en última instancia contribuyó al proceso de superación del estalinismo” (111).

Un consejo: lean la introducción después del libro y no antes, pues podrían llevarse una sensación equivocada sobre su contenido. Dado el desarrollo de los ensayos, el prólogo tiene la estridencia de lo estrambótico. Junto a las clásicas referencias al “dictador, tirano y déspota”, los Medvedev dicen pretender un retrato del Stalin de “carne y hueso”, al que visten con cualidades muy positivas: “reflexivo, calculador, muy trabajador, con voluntad de hierro, con una considerable capacidad intelectual, un patriota” (8). Y luego se quejan de cómo se malbarató su legado por sus sucesores, unos “personajes cada vez más incompetentes”. “No hubo un solo dirigente de la URSS tras la muerte de Stalin –concluyen– que contribuyera sustancialmente a afianzar sus fundamentos” (í.d.)

A pesar de este pasaje, el libro no es precisamente indulgente hacia el déspota y cualquier atisbo de nostalgia que pueda deducirse de esta equivocada introducción es inexistente.

REFERENCIA

Medvedev, A. Z. y Medvedev. A. R. (2005): *El Stalin desconocido. (The Unknown Stalin)*. Editorial Critica, Barcelona.